

IGLESIA Y MONACATO ENTRE MEMORIA Y FUTURO

1. DIMENSIÓN TRINITARIA

Es bien conocida la norma de la *Regula Benedicti* referente a la breve doxología responsorial: *el que canta dice gloria. Todos se levantarán inmediatamente cuando el cantor comienza el gloria, en señal de honor y reverencia a la Santísima Trinidad* (RB 9,6-7; cf. 11,3). Las sucesivas generaciones de monjes han conservado respetuosamente esta disposición extendiéndola a todas las doxologías litúrgicas. La razón es obvia; no se trata de una simple rúbrica. Con este gesto, sencillo y solemne a un mismo tiempo, la comunidad exterioriza su vivencia existencial, lo que constituye el verdadero núcleo de su opción monástica: el misterio de Dios uno y trino, pues se propone la meta de llegar a la caridad divina (cf. RB 7,67-70). *"Hijo mío —leemos en un Apotegma—, no busques ningún placer en este mundo; Por el contrario, persevera en tu trabajo animado por la fuerza de la Santísima Trinidad"* (Bü I,226). Este misterio es el tesoro incomparable, encontrado por cada monja y cada monje (cf. Bü II,510); que da sentido a todo lo demás. Su ser gravita en torno a él y es él quien orienta su hacer. La comunidad monástica vive esta realidad en el corazón de la Iglesia, se siente Iglesia desde la soledad y separación del mundo, porque sabe que *la apariencia de este mundo pasa* (1Co-7,31). Consciente de ello, tiende con ímpetu irrefrenable hacia las realidades eternas, que ya se viven y paladean aquí y ahora.

El género de vida de los monjes tiene como única finalidad, a juicio de Casiano, preservar la intimidad del corazón para que las

* D. Clemente de la Serna es abad de Santo Domingo de Silos desde 1988.

tinieblas del mal y del siglo no obstaculicen la llegada de la luz. El corazón puro se convierte en morada de Dios y templo del Espíritu Santo (cf. *Inst.* 5,21;8,12), para que el reino de Dios sea una realidad (cf. *Lc* 17,21). San Basilio considera esto perfectamente razonable, pues quien ha sido engendrado por el Espíritu es lógico que se convierta, según la medida apropiada, en aquello en lo que ha sido engendrado. Como prueba, cita las palabras de Jesús a Nicodemo: *Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu* (*Rft* 22; *Jn* 3,6).

La explícita dependencia trinitaria que encierra el ideal monástico, le convierte en valiosa referencia escatológica en el seno mismo de la Iglesia. Es el testigo cualificado del Reino de Dios ya presente aquí y ahora, aunque aún no manifestado en su plenitud (cf. *Jn* 3,2; *1Co* 13,8-13; *Rm* 8,16-18; *Mt* 13; *GS* 38). Es signo que apunta directamente a la realidad absoluta y definitiva; de ahí su importancia y su urgencia. Por eso, aunque la vida monástica no está comprometida directamente en el trabajo evangelizador y misionero de la Iglesia, pertenece a la plenitud de presencia de la Iglesia (AG 18) y está llamada a ocupar un puesto privilegiado, sin perder su propia identidad, allí donde apremia la necesidad de evangelizar y proclamar el mensaje cristiano (cf. *CD* 35; *AG* 40). Con su presencia y su estilo de vida, la comunidad monástica es ya una forma privilegiada de testimonio, pues su consagración plena a Dios, en el seguimiento de Cristo por la fuerza del Espíritu, proclama el kerigma evangélico.

La centralidad trinitaria y evangélica del monacato le convierte en una forma de vida cristiana que hace progresar a la Iglesia. Su misma naturaleza exige una fe sólida, con participación en la vida trinitaria. Ofrece además un clima propicio para tender a la caridad perfecta, fin de toda vida cristiana. Por ello la implantación de la vida monástica en las Iglesias jóvenes o de nueva creación se estima como un medio eficaz de evangelización y apostolado (AG 18). En tiempo de San Pacomio vemos ya cómo Ario, obispo de Smin, así lo considera cuando le hace la siguiente petición: *Te ruego que vengas a organizar un monasterio en nuestra ciudad, para que la gracia del Señor se derrame sobre nuestra región mediante tu bendición* (Lefort, *Les vies coptes*, 248).

2. EN LA MEMORIA DE DIOS

Cuando San Benito presenta el monasterio como un ambiente ideal para que toda actividad desarrollada en él redunde en alabanza de Dios, para que en todo sea Dios glorificado (RB 57,9; cf. 1P 4,11; 1Co 10,31), expresa el deseo que mueve a la misma Iglesia en su ser y actuar. La caridad vigilante y solícita es capaz de convertir este deseo en realidad. Se hace todo para gloria de Dios, cuando lo hacemos todo por amor, afirma San Basilio (Rbt 195). Propia del amor es desear la presencia del amado, suspirar por la venida definitiva del Señor. Así se vive y actúa con la mirada puesta en el fin, saboreando ya lo que Dios preparó para los que le aman (1Co 2,9; cf. RB 4,77).

La realidad escatológica no aleja ni inhibe del compromiso presente, sino que esclarece positivamente la historia y la creación misma. El hoy de la historia adquiere su verdadero sentido a la luz de su devenir, cuando la proyectamos en el "día del Señor", en su victoria total y definitiva sobre el pecado y la muerte. Podemos afirmar, por tanto, que la vida monástica, como la misma Iglesia, necesitan imperiosamente estar enraizadas en esta actitud, pues es parte constitutiva de su ser óntico. La memoria de Dios es un factor importante para cultivar y hacer operativa esta orientación que se vive de forma privilegiada en la celebración litúrgica y en el contacto asiduo con la Palabra de Dios. Aquí nos sumergimos en el plan salvífico de Dios y nos instalamos en la escuela del Espíritu Santo (cf. Jn 14,26; 16,13; S. Basilio, Carta -II, Rft 1). De esta manera el alma goza de una frescura y lozanía que favorece el amor de Dios y alimenta el deseo de su venida definitiva. Se siente también impulsada a llevar una vida digna del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo (cf. Flp 1,27); a hacer en todo su voluntad (cf. S. Basilio, Carta 22; RB 7,20), viviendo en su presencia (cf. RB 4,49) y luchando para que ningún objeto ajeno la distraiga de lo esencial, que es el amor de Cristo (cf. Rm 8,35-39). La exhortación del Apóstol: *Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús* (Rm 6,11), se convierte en un principio inamovible de actuación.

La memoria de Dios abre a horizontes ilimitados; se caracteriza por una sed insaciable. Es una fuente de aguas vivas instalada por el Espíritu Santo en nuestro corazón (cf. S. Basilio, Rft 1), en la que, cuánto más uno bebe, más se aviva el deseo de vivir con

el Señor, suspirando por su venida. A ello conduce necesariamente el recuerdo de la bondad divina que se manifiesta incesantemente y de forma maravillosa en la historia de la salvación, desde el momento de la creación del mundo hasta hoy, y que tiene su culmen en la obra redentora llevada a cabo por Cristo, piedra miliaria del amor divino a la humanidad entera: *Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3;16)*. En los orígenes del monacato, e incluso entre sus predecesores las vírgenes y los continentes, ya observamos esta posición bifronte que sabe conjugar simultáneamente la mirada hacia la escatología y la protología, para dar el sentido verdadero a su vida.

La presencia actual de la memoria divina es un incomparable asidero para que nada separe al monje del amor de Cristo: ni la tribulación; ni la angustia, ni la persecución, la desnudez, el peligro o la espada, como le ocurría al Apóstol Pablo (cf. Rm 8,35; S.Basilio, *Rbt* 157). Cada situación, cada acontecimiento, próspero o adversos; se transmutan en evento salvífico. Son parte constitutiva de quien pertenece a Cristo y complemento de su obra salvadora (cf. 2Co 11,21-28). La memoria de Dios capacita para actuar en cada momento en conformidad con las exigencias del Reino, con el deseo de que llegue pronto su plena realización. Es una fuerza arrolladora que empuja con vehemencia hacia la perfección que pide Jesús a sus seguidores incondicionales y que les lleva a hacer suyas las palabras del Maestro: *No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado (Jn 5,30; cf. S.Basilio, Rft 5)*. La vida de la monja y del monje cuenta con el estímulo que impulsa a imitar a Jesús en su disponibilidad absoluta a hacer la voluntad del Padre, lo cual constituye un pilar central sobre el que se asienta el ideal monástico:

Por su misma naturaleza, el seguimiento radical de Cristo, el monacato es signo elocuente de vida escatológica en el corazón de la Iglesia, es decir, es icono de la perfección, en el amor que se funda en la memoria de Dios. De esta forma se convierte en un fermento eficaz de la vida eclesial como testigo exámo de la tensión hacia las realidades definitivas que deben embargar a toda la Iglesia.

El monacato es una llamada a los cristianos y cristianas —de modo especial a aquellos que tienen debilitada su orientación última— para que se esfuercen por vivir en el momento presente en

conformidad con su pertenencia a Cristo por el bautismo. La vida de la gracia necesita ontológicamente una experiencia sobrenatural, la cual exigé recorrer el camino que conduce a la meta fijada. En la misma entraña de la Iglesia la vida monástica vive la tensión escatológica, asumiendo de manera convincente el clamor que debe brotar del corazón de la comunidad de los redimidos: *¡Ven, Señor Jesús!* (Ap 22,20).

Ahora bien, el modo y la forma como manifiesta el monacato esta realidad escatológica puede adquirir múltiples y variadas formas. Así lo confirma tanto la historia monástica como la realidad presente, que ofrecen una gama muy variada, de acuerdo con el tiempo, los lugares y las comunidades. La mirada escatológica no es rígida, sino flexible, lo que permite en todo momento encarnarse en el hoy de la historia para conducirla hacia su cumplimiento último.

La secular historia del monacato muestra, en efecto, un abanico muy amplio de actividades concretas en que las generaciones sucesivas de monjes han plasmado su vocación. Ante este hecho, ¿hay que hablar de tareas y empresas eclesiales que van en desacuerdo con el ideal monástico? Es decir ¿se puede definir la identidad monástica apoyándose en la actividad de las monjas y los monjes? El tema es frecuentemente objeto de conversación y reflexión. Una actividad es monástica siempre que es eclesial, sobre todo cuando se realiza desde el ser monje y como monje. Es necesario admitir también que unas actividades están más en consonancia que otras con los principios de la vida monástica.

La tradición nos presenta monjes retirados en las soledades del desierto y monjes predicadores y misioneros; monjes que se contentaban con el limitado espacio de una columna y monjes a los que su país les quedaba pequeño. Monjes que menospreciaban la cultura y monjes que la salvaban y cultivaban. Hay monjes laicos y monjes sacerdotes. Nuestra propia Confederación ofrece también hoy un panorama muy variado. ¿Puede afirmarse que, contando con las circunstancias históricas y las necesidades inmediatas de los lugares y los momentos, en la Iglesia no existen ministerios inadecuados para los monjes, siempre y cuando no les desvíen de su búsqueda preferencial de Dios?

El sello que legitima la autenticidad del monacato está por encima de sus actividades. Es la llamada recibida en el corazón de la Iglesia para entregarse sin fisuras a Dios, constituyéndose en

signo de búsqueda incesante del Señor. La generosidad en la respuesta es lo que identifica como tales a la monja y al monje, pues les sitúa en un estado de amor incondicional al Señor, en un deseo constante y actual de agradecerle en todo. De esta forma ponen ya en acto, aquí y ahora, el modelo reservado a la vida futura.

Es muy necesario, por lo mismo, que, sean cuales fuéren las actividades concretas que el monje y la monja ejercen en su comunidad como servicio a la Iglesia, se prefieran aquellas que favorecen, especialmente la identidad monástica y que preservan los valores conocidos por todos y vividos desde los mismos orígenes monásticos: la soledad, la ascesis, la "lectio divina"; la celebración litúrgica y la vida fraterna. La propia comunidad ha de ser igualmente una denuncia de las mismas debilidades o connivencias de la Iglesia con los poderes de este mundo, que empañan su santidad y su mensaje.

3. EL DESEO DE DIOS

Por encima de las actividades concretas, hay una que nunca puede olvidar la monja y el monje, que deben cultivar incesantemente en sus corazones y en el de la comunidad: el deseo de la presencia de Dios y del retorno glorioso de Cristo. Este deseo tiene en la vida monástica una resonancia universal que se concretiza en la esperanza de que la Iglesia y la humanidad entera sean absorbidas en el amor de Cristo, Señor de la historia.

Con voluntad e intrepidez, por la dulzura de un amor inefable (RB, Pról.49), es preciso correr por este camino en pos del Dueño de la historia y de la vida, con la esperanza de que sea pronto el Señor de todos los pueblos. San Benito nos dice magistralmente el modo concreto de llevarlo a cabo: *Si no nos desviamos jamás del magisterio divino y perseveramos en su doctrina y en el monasterio hasta la muerte, participaremos con nuestra paciencia en los sufrimientos de Cristo, para que podamos compartir con él también su Reino* (RB, Pról.50). Aunque la palabra oportuna y las obras no quedan excluidas, lo fundamental es el testimonio de la propia vida. Nadie duda que es acogiendo en el propio corazón el mensaje del Reino como la monja y el monje se convierten en signo eloocuente de la meta hacia la que tienden.

Vivir con la mirada puesta en lo permanente e inmutable exige paradójicamente una vigilancia sin tregua, una constante disponibilidad al cambio; de lo contrario la vida pierde dinamismo y el mensaje termina siendo ilegible. El deseo de Dios requiere gestos generosos y totales, hasta el punto de que a veces pueden parecer una verdadera exageración profética. En esta línea se coloca la renuncia voluntaria a valores humanos auténticos, como son la familia, el amor esponsal, el uso positivo de los bienes, la libertad. Renunciar a ellos por el Reino es proclamar que son pasajeros y funcionales en la historia.

La vida monástica se sale así del modelo común, lo que le permite vivir con intensidad peculiar la dimensión escatológica. Este hecho convierte al monje y a la monja que son consecuentes con su opción radical, en una predicación en acto de la relatividad de las cosas y de los bienes de la tierra. Urgen con la propia vida a poner el corazón en los bienes imperecederos (cf. Mt 6,19-20).

La aspiración a la posesión del amor perfecto que está en la base del proyecto monástico, orienta por su misma naturaleza a estar junto al Señor, cuya presencia ansía. Con ello, anticipa en el deseo, y también de algún modo en la realidad, la vida en Dios. Adelanta, aunque imperfectamente, el amor del Padre, en el misterio de Cristo, por obra del Espíritu Santo. Es un amor que ya se vive en la fe que actúa por la caridad (Ga 5,6).

4. PROFECÍA MARTIRIAL

En sus mismos orígenes el ideal monástico se propone vivir el Evangelio con radicalidad, en toda su exigencia. Para ello elige la soledad, lo que no significa desentenderse de la Iglesia. En ella recibe la llamada, y en el desierto se siente miembro vivo de ella. La vida de San Antonio, aceptado como Padre del monacato, es paradigmática. Durante una celebración litúrgica, escucha la palabra divina que cambia su vida. El ideal apostólico y la praxis de la primera comunidad de Jerusalén le instan a renunciar a los bienes (Vita, 2; cf. Hch 4,34-37). Mantiene buenas relaciones con la jerarquía, a la que considera depositaria de la doctrina auténtica. Exhorta a guardar la tradición de los Padres (Vita, 89).

Aceptar al Señor Jesús como última y única referencia en una fe madura, la fe en el Señor Jesucristo, transmitida por los padres, y aprendida en las Escrituras (cf. *Vita*, 89), no deja espacio para otra lógica que no sea la propuesta por el Apóstol: *Si vivimos según el Espíritu, oñremos también según el Espíritu (Ga 5,25)*.

La poca fe (cf. *Mt 17,20*) no tiene cabida en la vida monástica. No se puede volver la cabeza hacia atrás (cf. *Lc 9,62*). Precisa una obediencia pronta y generosa, propia de aquellos que *hada conciben más amable que Cristo (RB 5,2)*. Con ello constituye una forma evangélica de vida que se asienta de pleno derecho en la urgencia de la realidad profético-martirial. Es bien sabido cómo los primeros monjes se consideraban los sucesores de los mártires. Suspiraban, como ellos, por identificarse con Cristo a través de una entrega, sin reservas.

Este ideal significa abrazarse a la cruz, que es la manifestación más genuina de seguimiento (cf. *Mt 10,38*). Es un abrazo constante, *quotidie (Lc 9,23)*. La tradición ve así a los monjes: *La paciencia y la fidelidad rigurosa con que perseveran devotamente en la profesión que han abrazado, no dando nunca gusto a su voluntad, les convierte diariamente en crucificados para el mundo y en mártires vivientes (Conl. 18,7; cf. S.Basilio, Rft 6,1)*. El monje es un cristiano que se singulariza por la energía que pone en lograr su objetivo de asimilarse a Cristo, y por la veracidad con la que persigue su meta. Anticipa con ello las grandes renunciaciones que cada cual debe hacer al final de su vida terrena, con lo que adelanta la vida de la Jerusalén celeste.

Cada monja y cada monje están llamados desde su consagración a ser en la Iglesia y para la Iglesia memoria y profecía de aquella imagen del hombre nuevo redimido por Cristo, prefigurando ya la perfección que está reservada a todo cristiano en la plenitud del Reino. El proyecto escatológico que profetiza el monje con su opción radical, exige al mismo tiempo saber vivir en la provisionalidad de la historia como *extranjeros y forasteros (1P 2,11; cf. Gn 23,4)*, sin dejarse atrapar el corazón por la figura de un mundo que pasa (cf. *1Co 7,31*), conscientes de que *ya somos conciudadanos de los santos y familiares de Dios (Ef 2,19)*, pues Cristo nos ha abierto el camino al Padre en un mismo Espíritu. En nosotros actúa ya la resurrección de Cristo que viviremos en su plenitud en la escatología.

Los monjes y las monjas necesitamos encontrar los cauces apropiados para vivir interiormente la memoria de Dios y para ser profetas, testigos de las realidades celestes (LG 44), en nuestros ambientes, donde lo material, lo concreto y tangible, tiende a convertirse en el becerro de oro que amenaza con ahogar en el corazón de las mujeres y de los hombres el oxígeno de la vida futura.

5. TESTIMONIAR CON HECHOS LAS REALIDADES FUTURAS

Vivir proyectados hacia la escatología conlleva necesariamente una irradiación determinada en el aquí y ahora, haciendo presentes en la fe las realidades que se esperan (cf. Hb 11,1). La historia monástica nos enseña con claridad que se puede actuar positivamente en la Iglesia y la sociedad, pues la elección de un servicio preferencial a Dios no desencarna de la realidad concreta, ni hace caso omiso de las necesidades e inquietudes de la Iglesia y de la sociedad.

La dinámica que anima a la llamada monástica exige que nos preguntemos con transparencia sobre nuestra colaboración con la Iglesia y con el progreso del Reino. A ello nos empuja la propia historia, que hemos de ver como un valioso maestro que nos enseña las actuaciones positivas y negativas del pasado con vistas a trabajar mejor en el presente. Hubo momentos de la historia en los que el monacato ha sabido dar una respuesta oportuna y puntual. Así lo vemos ya en sus mismos orígenes mostrando una repulsa valerosa ante la masificación decadente de la exigencia evangélica: Colaboró con eficacia en la evangelización de Europa y en la conservación de la cultura clásica. Más recientemente se convirtió en portaestandarte de la renovación litúrgica. Hay otros momentos históricos, en cambio, donde el monacato parece carente de impulso. Pensemos en el caso del humanismo, la contrarreforma, el renacimiento, su escasa presencia en la evangelización de América o en el surgir de la conciencia social.

Hoy asistimos en el seno de la Iglesia a una revitalización profunda. Se esfuerza por renovarse interiormente y por estar cerca de los hombres y mujeres, de modo especial entre los que padecen cualquier tipo de pobreza y marginación. Se abre al mismo tiempo al diálogo con las otras iglesias, con las otras religiones y

con los no creyentes: En nuestra sociedad asistimos también a importantes transformaciones políticas: derrumbamiento de totalitarismos, resurgir de nacionalismos, de fundamentalismos. En el mundo social cada vez parece más profundo el fosó que se abre entre Norte y Sur, entre sociedades del bienestar y de la pobreza. En el campo religioso el consumismo favorece el recorte de los horizontes transcendentales, alentando a una carrera irracional de bienes perecederos. En un nivel más profundo los hombres y las mujeres de nuestro tiempo parecen querer limitarse, en el mejor de los casos, a ser personas honradas, sin proyección sobrenatural: les basta ser nuevos Sócrates o Sénecas.

En este contexto, ¿el monacato tiene una misión determinada que cumplir? ¿Somos conscientes de ello? Es obvio que no podemos considerarnos la panacea para todo. El Magisterio de la Iglesia insiste sin embargo en que hoy el ideal monástico sigue siendo de actualidad, tanto en las Iglesias de vieja raigambre cristiana como en las jóvenes y de nueva implantación. ¿Qué espera cuando insiste tanto en la necesidad de su presencia? Indudablemente, y ante todo, que viva su patrimonio espiritual y cultural en clave de futuro, pero que lo haga también concretamente, siguiendo el ejemplo de muchas generaciones de monjes. Se hace muy necesario reflexionar a la luz de la historia. Quizá incluso no haya soluciones concretas, pero la búsqueda de las mismas es ya un signo positivo y valioso. Vivimos en un mundo donde vamos cada vez más hacia la especialización. De hacerlo, todos, estamos pasando a hacer todo entre todos. Vemos así cómo muchas actividades que en otros siglos eran desarrolladas por nuestros monasterios, hoy las desempeñan órdenes y congregaciones especializadas. Pensemos en el cuidado de los hospitales, en la educación escolar y en la labor misionera. ¿Se trata de dejar actividades en las que los monjes están comprometidos desde hace siglos? ¿Será necesario centrarse en otras más en consonancia con el ideal monástico? ¿Estamos invitados sobre todo a dejar en tal o cual actividad el sello de la identidad monástica?

Es innegable el poder de convocatoria y atracción que actualmente ejercen nuestros monasterios. Esta realidad no puede dejarnos indiferentes, sino que obliga a interrogarnos e intentar ofrecer algo en consonancia con nuestro proyecto de fe. Pensemos unos momentos en muchos de nuestros monasterios enraizados en los siglos, con un rico pasado histórico, cultural y artístico. Es innegable el peligro que encierran de ser identificados con tiempos pretéritos.

Este peligro acecha sobre todo a los que se acercan al monasterio en busca de belleza artística, pero puede serlo también para los que llaman buscando la vida monástica y hasta para los mismos monjes. Cuando la historia y los edificios nos atrapan en el pasado, condicionan negativamente el proyecto de la comunidad, que en todo momento debe saber y poder respirar futuro y presente, y ha de ser el alma de la historia y de la fábrica monásticas.

La comunidad tiene que ser capaz de ofrecer una clave de lectura que oriente hacia el futuro todo cuanto constituye el conjunto monasterial. Monjes fueron los que forjaron la historia y levantaron esos centros de cultura y arte. Lo hicieron impulsados por un horizonte sin límites que ahora no podemos encerrar en moldes arqueológicos y fosilizantes. Sería traicionar nuestra propia vida. Sería también ignorar el móvil último que desencadenó el origen de nuestros conjuntos monásticos. Porque el legado que hemos heredado de nuestros mayores es el fruto maduro de una fe profunda, de la contemplación de la belleza infinita de Dios, de su actuación generosa y comprometida en la Iglesia y al servicio de los hermanos. Por ello es imprescindible saber demostrar cómo más allá del nivel humano artístico y cultural en el que se desenvuelve la comunidad monástica está la dimensión religiosa, siempre nueva, que emana de la gracia salvífica y escatológica. Más aún, es desde esta perspectiva como puede entenderse realmente una comunidad y el edificio que la alberga, pues presenta así una manifestación lógica de la intensa vida espiritual que lató en el corazón de los monjes. Se trata de un legado llamado a proclamar abiertamente el valor profético y escatológico del ideal cristiano. Si esto no fuera posible, habría que tener también el valor profético de prescindir de él.

La libertad de que gozamos como hijos de Dios (cf. Ga 4,6) hace que vivamos vigilantes y en tensión hacia las realidades futuras. El cultivo incansante de la unión con Dios permite afinar el olfato espiritual para desarrollar las oportunas actividades en la Iglesia como miembros del Cuerpo de Cristo, con dinamismo y sentido de la solidaridad. Este es el proceder propio de quienes desean imitar de cerca a Jesús, que buscó hacer en todo la voluntad del Padre para estar junto a sus hermanos y enseñarles el camino de la vida con el ejemplo, la palabra y los signos del Reino.

Vivir en la Iglesia y con la Iglesia es para la monja y el monje el mejor modo de hacer Iglesia. Compartir es provechoso en la

medida en que se sabe participar. Cuando existe comunión con el Señor a través de la entrega de uno mismo, el servicio eclesial tiene el marchamo de lo auténtico, evitándose protagonismos que entorpecen la obra redentora, cuando no hacen sencillamente estéril el trabajo.

Es importante que la comunidad monástica se esfuerce ante todo por convertirse en testigo legible de la presencia de la Buena Nueva en el mundo. Para ello debe buscar el modo concreto más apropiado teniendo en cuenta a la misma comunidad y el ambiente que la circunda. Predicando en todo caso con la propia vida lo único necesario; transmitiendo lo que se vive (cf. Hch 20,18-21) y desechando cuanto huele a categorías mundanas sin horizontes, a instalación en el bienestar, a formas de pensar, de actuar o de vivir secularizantes que cierran la meta escatológica.

La historia ofrece múltiples ejemplos tremendamente radicales, que en su misma rudeza son muy proféticos. De forma directa y sin remilgos proponen algo fundamental: la repulsa más absoluta a cuanto puede empañar la primacía de Dios y del Reino. Se trata de no ahogar el Espíritu, sino de escucharle (cf. Ap 2 y 3), viviendo y actuando bajo su magisterio (cf. Ga 5,25). Si el monje ambiciona paz y quietud, esto nada tiene que ver ciertamente con el desinterés o la vida despreocupada. Su paz ha de ser el fruto maduro de la desapropiación de las cosas terrenas, que usa oportunamente, pero sin dejar en ellas jirones de su corazón: éste lo consagra íntegramente a Dios. Su paz es pertenecer de hecho a la realidad escatológica.

La monja y el monje viven en Dios, en el corazón mismo de la lucha y del trabajo por el Reino. Saben conjugar la tensión fecunda que les empuja hacia el descanso real, absoluto y definitivo en Dios, y hacia la calma, también real aunque aún imperfecta, del aquí y ahora que exige esfuerzo, acción y fatiga. La paz del corazón permite al monje y a la monja contemplar con mirada equilibrada las realidades terrenas, conscientes de que en ellas, a pesar muchas veces de las apariencias, ya está depositado el germen de la vida espiritual.

El ideal monástico nos convierte en miembros activos del Reino en el mundo, pero desde una renuncia positiva al siglo, conscientes de que no se puede servir a dos señores a la vez (cf. Mt 6,24). El corazón del monje sólo escucha la voz del Señor. No quiere dejarse cautivar por realidades contrarias al proyecto divino so-

bre la humanidad y la creación. Por eso renuncia a los bienes terrenos, que son contingentes y pasajeros, y busca el clima propicio de la soledad con el fin de evitar una contaminación siempre amenazadora. En este sentido es conveniente hacer un discernimiento sobre el uso positivo de los poderosos y omnipresentes medios de comunicación, verdadera amenaza externa para la soledad monástica. Un hilo de teléfono, una onda de radio, una antena televisiva, pueden vulnerar y distraernos de la prioridad de la sintonía escatológica.

Resguardarse del mundo y sus mensajes secularizantes para hacer presente que el ser humano está llamado a un horizonte de gracia y de vida sobrenatural, no es sinónimo de distanciamiento de la realidad concreta. Si la comunidad monástica establece la oportuna distancia, es para poder crear mejor el verdadero diálogo y poner por obra un influjo positivo sobre ella. Esto permite al monacato actuar como levadura en la masa porque se actúa desde una identidad propia bien definida.

El modo concreto de llevar a cabo esta labor se presenta bajo múltiples formas, tanto en la historia monástica como en la actualidad. Corresponde a cada Congregación monástica, y también, a cada comunidad, discernir la validez actual de las mismas en un examen tan sincero que no deje filtrarse ni sentimentalismos enquistados en tradiciones, ni inercias alentadas por situaciones de comodidad.

A nivel del monacato en general, puede hablarse sobre todo de dos modos de vivir actualmente la dimensión escatológica de nuestra vocación. Me refiero a la vida común y al puesto privilegiado que concedemos a la celebración litúrgica.

6. EL MONASTERIO, UNA ECCLESIOLA

Desde sus mismos orígenes, el monacato ha querido imitar muy de cerca el modelo de la primera comunidad eclesial reflejada en los Hechos (4,32). Por eso la comunidad monástica se esfuerza en vivir con un solo corazón y una sola alma, lo que será una realidad plena sólo en la era escatológica. Al mismo tiempo sabe que debe esforzarse por vivirla aquí y ahora tomando en consideración los signos de los tiempos (PC 2). Las bases de su vida comunitaria

son la oración común y la comunión de bienes, dando cabida a múltiples manifestaciones concretas. De esta forma la búsqueda sincera de Dios está llamada a concretizarse en una caridad generosa, servicial, disponible, hacia los hermanos que se sienten como miembros de un mismo cuerpo.

Esta actividad es el alma de la vida monástica, pues nos pone en sintonía con Dios amor, y es la que da sentido a todas las demás realizaciones. De esta forma se practica el "celo bueno", definido por San Benito como el que conduce a Dios y a la vida eterna (RB 72,2). Es una tarea siempre urgente y siempre actual de la que el cenobita no puede prescindir si no quiere perder su identidad. Las líneas de actuación propuestas por la *Sancta Regula* son de una palpitante actualidad en una sociedad como la nuestra que tiende a prescindir de la solidaridad en favor de un individualismo árido. Sólo una caridad que bebe directamente del Señor, que da la vida por los que ama, será capaz de poner por obra las cualidades del "celo bueno": *Se anticiparán unos a otros en las señales de honor. Se tolerarán con suma paciencia sus debilidades tanto físicas como morales. Se emularán en obedecerse unos a otros. Nadie buscará lo que juzgue útil para sí, sino, más bien, para los otros. Se entregarán desinteresadamente al amor fraterno* (RB 72,4-8). La atención amorosa a Cristo en el hermano, hará que escuchemos de boca del mismo Señor las palabras que nos introducirán en la vida sin ócaso: *Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo* (Mt 25,34).

El amor identifica a una comunidad monástica. Unifica a los que somos diversos. Es imprescindible, por lo mismo, buscar formas que permitan ejercitar la caridad solícita que Dios ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (cf. Rm 5,5) en el seno de la propia comunidad, como también en la Iglesia y en la sociedad que nos rodea. No hay que poner límites al amor, aunque nos veamos obligados a practicarlo de forma limitada. Cuanto mayor cohesión interna tenga una comunidad, su proyección eclesial y social dará mayores frutos para el Reino. La historia monástica es pródiga en presentarnos actuaciones significativas en este sentido. Pensemos en los hospitales que mantuvieron, en los pobres que asistieron. Era Cristo necesitado que se presentaba en los marginados de este mundo. La hospitalidad, en sus múltiples facetas, sigue hoy siendo de palpitante actualidad. La comunidad monástica

está llamada a recibir y ayudar a quienes buscan criterios sobrenaturales y a quienes están asfixiados por los negocios del siglo. Debe ir al encuentro de quienes se debaten con problemas de orden personal, familiar o laboral. ¿Qué puede hacerse, desde nuestra vocación, por los ancianos y los jóvenes? ¿Hay sensibilidad hacia los emigrantes, los refugiados, los marginados? Normalmente cada caso necesita una respuesta concreta. Lo importante es estar atentos para actuar desde la experiencia comunitaria que nos afianza en el hecho de que *la caridad no acaba nunca* (1Co 13,8), y desde el estímulo que da el ejemplo del Señor: *El amor de Cristo nos apremia* (2Co 5,14).

7. ANÁMNESIS Y ESCATOLOGÍA DE LA LITURGIA

En la acción litúrgica la oración de la Iglesia es la de Cristo y viceversa. Son Esposo y Esposa, dos en una sola carne y, también, por eso, como afirma San Agustín, dos en una sola voz. Aunque velada, la presencia de Cristo constituye una primicia del Reino de Dios, es un anticipo de su regreso definitivo al final de los tiempos. El Señor que se hace presente en la comunidad de los bautizados que se reúnen en su nombre para ofrecer el sacrificio y partir el pan, para distribuir la gracia de los sacramentos, para cantar las alabanzas divinas y para transformarnos en Él, es el mismo que vendrá en la parusía para dar cumplimiento a todo. Por eso nuestra liturgia terrestre es, a través de sus ritos y sus símbolos, una epifanía de la celeste. Hay un estrecho vínculo entre presencia cultural y devenir escatológico, entre anámnesis celebrativa y futuro. La liturgia nos hace vivir y experimentar ya la realidad escatológica. Sentimos al Señor en medio de nosotros y eso nos lleva a suspirar por contemplarlo, en la gloria de su segunda y definitiva venida.

La liturgia está transida por el deseo escatológico. Por eso entona el himno de gloria (cf. LG 8; Flp 3,20; Col 3,4): *aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo* (Tt 2,13). Su característica es la vigilancia, propia del siervo bueno y fiel que espera la llegada de su Señor, y también el gozo, ya que permite saborear las realidades últimas de comunión íntima con la asamblea de los redimidos que entonan el canto nuevo de la victoria del Cordero (cf. Ap 5,9-12).

La liturgia constituye el modo por excelencia de estar unidos a la Iglesia, de vivir con ella sus gozos y sus esperanzas. Cuando la comunidad reunida en el nombre del Señor celebra con gozo compartido las alabanzas de la Divina Majestad, (LG 50), representa de modo eminente a toda la Iglesia. En la celebración litúrgica vivimos maravillosamente la manifestación de la Santísima Trinidad en la economía de la salvación. Es la historia actualizada por el Hijo, en el Espíritu Santo, dirigida al Padre. La liturgia es a la vez teocéntrica, cristocéntrica y pneumatológica con lo que presenta admirablemente la dimensión del misterio trinitario.

A la hora de establecer la jornada monástica San Benito deja expresamente un valioso espacio cualitativo para la celebración litúrgica. Conocemos bien su palabra de orden: *Nada se anteponga, por tanto, a la obra de Dios* (RB 43,3). Es la expresión tajante, concisa y clara, que no admite objeciones. La tradición monástica ha tomado buena nota de ello dando un lugar de privilegio a sus celebraciones, solemnizándolas con cantos, ceremonias y, frecuentemente, edificando magníficos templos.

La liturgia se convierte de esta forma en el medio más elocuente y eficaz de la comunidad monástica para manifestar su forma de vida que se desarrolla entre la memoria de la Pascua de Cristo y el deseo de su Parusía final.

En la actualidad las celebraciones monásticas son un importante polo de atracción para muchos hombres y mujeres que se acercan a nuestros cenobios deseosos de celebrar con la comunidad monástica las alabanzas del Señor. A veces se tiene la impresión de que los movimientos masivos hacia los monasterios responden a la curiosidad o a un simple gusto estético: belleza de las ceremonias o del canto. Pero casi siempre existe un substrato más profundo; quizá inconsciente a veces, de encuentro con el espíritu y la realidad sobrenatural. La liturgia proclama con fuerza arrolladora la meta que espera al ser humano. Lo hace de un modo más elocuente, si cabe cuando la celebran monjas y monjes que optan por vivir radicalmente los misterios que celebran.

En el marco de la revitalización de la espiritualidad litúrgica en la Iglesia, cada comunidad monástica está llamada a ser pedagoga para que la celebración litúrgica se convierta en fuente de aguas vivas para los fieles cristianos y para que la oración de las horas sea su forma natural de rezar, su verdadero pan de cada día.

8. CONCLUSIÓN

Nosotros —dice San Pedro Damían— que deseamos poseer la gloria del paraíso con Dios, necesitamos convertirnos aquí abajo en su morada, de tal forma que, si Él vive en nosotros, nosotros vivamos en Él y no cultivemos un ocio sin nobleza, sino más bien el sábado de un descanso laborioso, para así entrar después en el día del Señor, en ese domingo sin ocaso.

La llamada a vivir el ideal monástico empuja a seguir a Cristo desde la dimensión más profunda de la gracia pascual. La Pascua transforma en hombres nuevos y mujeres nuevas. No es una fluída de la realidad presente, sino un esfuerzo por transformarla con vistas al Reino. Quien se encarnó es el que ha resucitado, no un personaje diferente: Soy yo mismo (Lc 24,39). El camino de Jesús es ahora el camino del Resucitado. Esto quiere decir que si aquí y ahora sigue presente la cruz y es preciso cargar con ella, que si el trabajo y el esfuerzo son una realidad, hemos de tener paciencia, hasta la venida del Señor (St 5,7). El resplandor de la Parusía del Señor ilumina nuestro camino y nos empuja a trabajar con ahínco, porque la venida del Señor está cerca (St 5,8). Efectivamente, como la historia del Señor, también la nuestra tiene un alcance escatológico.

Abadía Benedictina
09610 Santo Domingo de Silos
Burgos
España